

ASTURIAS

AYER Y HOY

RECUERDOS DEL PAIS

(E. U.)



IMPRESA DE EDUARDO URÍA

PLAZA DEL PROGRESO, 4. — OVIEDO

1914

ENTENDÁMONOS

Los editores no se proponen lucrarse gran cosa con el importe de esta segunda edición corregida y aumentada. Para regalo bastó la primera, pues eso de repetir la suerte quédese para el fenómeno Belmonte.

50 céntimos cada ejemplar de este modesto galimatias, á nadie arruinan ni asustan después de los sofocones que nos dan el gobierno, la provincia, el municipio, y hasta la Cámara de Comercio con sus exacciones.

Quedamos, pues, en que á los lectores solo les cuesta 50 céntimos la lectura de estas añoranzas pueblerinas.



CINE DE OVIEDO EN EL SIGLO XIX



I

No es mi deseo trazar un pretencioso libro con frase rebuscada y retórica más ó menos barata, sino compendiar en este opúsculo divagaciones y recuerdos en estilo llano para refrescar mi memoria, la de unos cuantos Matusalenes curiosos y unos pocos que no lo son, pero que lo serán, si el carro no se entorna.

Y basta de preámbulo.

La prensa de antaño; aquella prensa de mediados del siglo pasado, representada por *El Invierno* y *El Candil*, papeles en los que colaboraba el malogrado Antonin Arango, «el de los ingleses picos, el de la inglesa corbata», corbata que le valió al inspirado Antón un valiente puntazo de espada francesa; el inolvidable Gonzalo Castañón, que halló el camino de su juventud lleno de abrojos, obligándole esta consideración á cambiar por otras sus ideas avanzadas y buscar rumbos nuevos donde brillara su esclarecido talento, acabando joven su vida en lejanas tierras, víctima de traidora emboscada americana; Enrique Uría, el erudito y nervioso periodista de pluma de acero bien templada; el siempre recordado Teodoro Cuesta y su celebrado canto: «¿Viste la araña?—Vi el

arañón»...; Alegre, que con su altruismo ejemplar dedicó todos sus talentos y no escasos recursos á la instrucción de los obreros: aquellos tiempos en que cuatro años antes era Oviedo un puebliquin estacionado, que gastaba pajuelas de azufre y fósforos de cartón y garapiña—pequeño vaso de madera forma calabacín, con enroscada tapa agujereada, conteniendo tabaco en polvo para halagar el cerebro y lograr el placer del estornudo;—(era un objeto la garapiña que echaba, ó despedía, polvos más finos que los de salvadera, suaves, aromáticos, embriagadores... por eso sin duda se llamaba á los enamorados de entonces «garapiñeros»); los contados comercios que habia no tenían escaparates, por aquello de que «la cuba de buen vino no necesita bandera», refrán que ha caído en desuso en el comercio al por menor; la Carrila, célebre castañera que no ajustaba sus cuentas con los estudiantes solventes hasta que se acercaba S. Lucas, ninguno de los cuales decia, claro está, «tú que la viste».

En el verano del año 36, el cabecilla Gómez, al mando de una columna de 4.000 carlistas, se acercó á Oviedo cometiendo cuantos desmanes pudo, siendo duramente castigada y ahuyentada por la milicia y Pontevedra, que tuvieron por seguros baluartes contra aquel aguerrido ejército invasor, las torres de S. Isidoro y de la Catedral, así como las *pegolleras* de los hórreos del Campo de los Patos, donde se hicieron fuertes y vencedores los soldados de Pontevedra mandados por Pardiñas.

Entonces salió de la capital para Barco de Soto una fuerza de milicianos y cazadores de Pontevedra en número de 1.200 hombres al mando del valiente coronel Pardiñas con el propósito de cortar el paso á la facción. Más perito en el arte de la guerra Gómez, destacó cuatro batallones para atacar y cortar la re-

tirada de los leales, que viéndose sorprendidos y envueltos, se resistieron y declararon en fuga, dispersándose el grueso de la columna en dirección á Oviedo, siendo prisioneros los de la retaguardia y conducidos á la capital los que no se fugaron, entre ellos el entusiasta teniente urbano y catedrático don León Salmeán, que con otros pudo ocultarse en un caserío.

De los prisioneros se formó un pelotón en el cual figuraban Valdés, Uria, López Cuervo, Brid y otros, conduciéndolos sometidos á infinitas penalidades, al depósito que tenían los facciosos en la plaza de Cantavieja, sitiada y tomada después por el insigne general D. Evaristo San Miguel, soldado de la libertad y de la patria y no palaciego como tantos otros atentos tan solo á su medro personal. Allí eran diezmados los prisioneros pasándolos por las armas para no mantenerlos.

Aun no repuestos del quebranto, en tiempo de la cosecha, vino á recogerla con sus huestes el cabecilla Sanz, que dejó en las calles unos cuantos cadáveres de los suyos, experimentando los heroicos defensores de la ciudad en tales correrías aventureras, la pérdida de Canella, Quiñones, Gana, Fanosa y algún otro valiente nacional.

Aquellos ejércitos de hermanos, carlista y liberal, en larga y cruel lucha, se disputaban el cetro, ensangrentando y arruinando á España para satisfacer las pretensiones de dos personas de raza funesta, que se holgaban en tanto que sucumbian por su causa grandes masas de ciudadanos por demás incautos.

En aquellos lejanos días, cubiertos con el manto del olvido, el ideal corría parejas con el patriotismo y no como ahora que la patria en labios de los políticos al uso es una mentira.

Por entonces ya llegaba á caballo la correspon-

dencia de Madrid, y viajaba el hombre en jumento de maragato, como lo habían hecho el historiador Toreno, Jovellanos, Pidal, el de «las reinas hembras», el divino y honradísimo Argüelles, el austero rector y ministro Mata-Vigil, el eminente economista Flórez Estrada y otros que iban á la corte con el corazón henchido por el sagrado fuego de la libertad, y se les helaba al contacto del viento frío del Guadarrama... y á donde van muchos después de haber probado la *borona*, tras del cajón del pan, que dijo el otro, y no se equivocan; ó en galeras aceleradas, sustituidas según los tiempos corrían, por coches, ferrocarriles, bicicletas, automóviles y aeroplanos, que serán el vehículo del mañana; aquellos años en que se bebía el agua del «cañu de la Capitana», que se fué evaporando hasta desaparecer por completo, lo que nunca sospecharía que llegase á suceder la generosa vecina, viuda de un bizarro capitán de los tercios de Flandes, según cuentan, que erigió á su costa la fuente, en memoria de su malogrado esposo.

Aquel «Prao Picón», donde se ventilaban á pedrada limpia, estilo moruno y remembranza de nuestra raza árabe, las querellas que separaban á la gente moza de la Puerta Nueva y de la del Rosal, la de ésta capitaneada por la hombruna y animosa *Sabel*, jaqueca de los más fieros y tormento de los corchetes de aquel tiempo; el *Jibo*, hombre contrahecho, jiboso y espanto de los niños de los arrabales cercanos á la mansión sagrada de los muertos, de la cual era fúnebre jefe; aquel ejecutor de la justicia, habitante en casa aislada del Campo de la Lana, sin otro trato que el de una pobre vieja y beata, tan sucia como gruñona, que le ayudaba á limpiar y aceitar los instrumentos de su odioso oficio, que señalaba con una varita lo que deseaba adquirir en el mercado, y pregonaba con siniestra y torva faz, á grito herido, los bandos de

la autoridad que un lazarillo le dictaba, porque á aquella figura macabramente estúpida, abrumada bajo la pesadumbre de veintitantas ejecuciones, en cuestión de letras le estorbaba lo negro: una vez dió comienzo la lectura del bando y como el lazarillo observase que su amo no se había descubierto, dijo: «quite usted el sombrero». Al repetir la frase el verdugo una carcajada general del auditorio le dejó corrido.

Catero, esperto cazador en su mocedad con los Cuetos, Benavides y D. Pepito Quirós y por largos años auxiliar del juzgado, siendo su cooperación necesaria á la paz deseada en este recinto de justicia, y jubilado actualmente sin otros derechos pasivos en su ancianidad y ceguera, que el báculo de su virtuosa y humilde familia; tampoco era posible y eficaz el orden y aseo del asilo donde tenían su frio hogar hasta doce respetables ancianas, y en la capilla de la Balesquida, sin el celo de la *Sapa*, cuidadosa en extremo cuando salía la procesión acompañada de los danzantes y del famoso jugador de pica, con el concurso de alfayates auténticos como Llovera, Saltasucos y otros ó cuando había cabildo convocado por el *Petetu* al tañido del cencerro, cuyo badajo ya rebrincaba en tiempo de la Sra. Giraldez é hirió después con su voz bronca el tímpano auditivo del Tato, en la primera plaza de toros levantada en Gijón, hará medio siglo, en la explanada de Begoña.

Aquella inolvidable señora doña Amalia Lombán de Vereterra, tan respetable como popular y querida, para la que el martes de Pascua era un día de jolgorio, viéndosela confundida con la turba libando el vino rancio, y tan rancio, de la Balesquida, como cualquier alfayate, al par que se escuchaban los tremendos apóstrofes, que no podían faltar, lanzados por el buen Pachín el Bracu, que allí estaba puntual

como gaitero en la fiesta, contra el juez y el mayordomo presentes, cualesquiera que ellos fuesen, apóstrofes que al término de la función no recordaba ni el mismo fiscal acusador; la Balesquida, con su Virgencita bella y pobre hoy, y antaño rodeada de riquezas y valiosas joyas que se fueron extraviando, extraviando entre los espinosos zarzales de los tiempos...

En las tibias noches del estío la Fontica era una romería á donde iban tantos á beber el agua con ricos esponjados del cazo, uno de los cuales equivalía á una docena de los de ahora. Alternábase el ir á la Fontica con la visita á los melonares del cellero, donde el fruto dulce y sabroso que se ofrecía podía competir con el de la entonces lejana Valencia.

Dicen si se leía en el frontispicio de aquella fuente, lo que sigue:

«El que de este agua bebiere,
en un siglo no se muere.»

Corriendo el tiempo, la inscripción de la Fontica fué sustituida por esta asaz, tosca y menos razonada:

«El que bebiere de este agua,
marchará á paso de carga.»

Lo cual que encajaría tan bien ó mejor en la memorable fuente del Fontán, cuyas aguas refrescaron muchas ilustres fauces, humillando la altivez y soberbia de tantos personajes que para beberla precisaban doblar el espinazo: desaparecida en mal hora la fuente, aquellos se marchan ahora alta la cerviz como la trajeron. Eran las aguas el gran digestivo de las habas que se servían con tropiezos por dos cuartos la ración en los amplios y regios comedores del contorno, *fabes* cuyas glorias fueron mencionadas en las Cortes, con gallarda elocuencia, por entusiasta dipu-

tado, comensal más de una vez en aquellos banquetes.

Por último, la riqueza del subsuelo que en toda la provincia aún permanecía virgen.

Año 40 del siglo pasado, en el que se permitía vagar libremente por las calles al ganado moreno, y en el que aquel pobre bohemio, andrajoso y descalzo, licenciado de la marina de guerra y de presidio, no por malo, sino por vicios que la Ordenanza castigaba con rigor, llamado Palicio, paseaba la población con su inseparable y sombría borrachera demandando limosna y haciendo juegos malabares con tres ó cuatro naranjas, manzanas ó patatas, aprendidos en las soledades y tristezas del correccional, entonando coplas como estas:

Hago lo que San Francisco
doy al pobre mi ganancia,
que en casa del jabonero
el que no cae resbala.

Cuquillín del rey
paliquin de escoba,
cuantos años hay
de aquí á la mi boda.

Palicio de mi vida
no tengas pena,
que en tocando fagina
la tripa llena.

(El pobre hombre era á veces participe de las sobras del rancho que le daban los soldados del cuartel de la Compañía, situado donde hoy está el mercado

del 19 de Octubre y en el que á las seis de la mañana, hora en que los armeros iban á la fábrica de la casa del duque del Parque; después de tabacos, casa de correos y hoy de Sarri, perdió la vida el sargento Fernández herido por un rayo estando escribiendo la orden de la plaza.)

Aquel D. Fernando de la casa de Meira, de acentuada debilidad cerebral. Mayorazgo de la casa de Meira, se consagró á recorrer la tierra contando las glorias alcanzadas en tiempos remotos por su casa solariega y por sus antepasados infanzones. El comienzo de sus discursos siempre era el mismo, mil veces repetido: «Yo soy D. Fernando de la casa de Meira, meirisima, meirisísima, que todo lo domina.» Murió oscurecido en sus ya reducidos señoriales cotos.

Cuando en los Carnavales recibían las fachadas de las casas un baño de huevo con los miles y millones que en aquéllas se estrellaban, pues tal era la abundancia del producto, que dicen si el mismo Napoleón se quedó asombrado al visitarnos con sus ejércitos y ver los infinitos huevos, que con el tiempo se fueron agotando... Cuando Paquito Valle, que así obtenía afinadas notas con su figle,—cual el prodigioso Tenderín obligaba á ser instrumento ciego de su deseo á su bursen mágico y Cuevas hacía sonar armonioso su clarín, dando severa solemnidad á las comitivas que salían del Consistorio presididas por Consul, bueno y celoso ovetense, ú otro alcalde muy celebrado en una pegollera del Bombé,—como trepaba felino hasta las más altas filigranas de nuestra bella torre para colocar farolillos de colores exigidos en las grandes iluminaciones, lo cual ya ni las presentes ni las futuras generaciones volverán á ver (salvo en algún caso de enagenación mental), debido al débil estado que alcanzan aquellos preciosos adornos y ca-

lados berroqueños, uno de los cuales se quedó en las manos de Carlos Quiñones, penúltimo que con atrevimiento inaudito subió hasta aquellas alturas, habiéndolo hecho poco ha con inusitada temeridad el joven Ablanado que llegó á atar un pañuelo en la misma cruz.

Por aquella sazón se tomaban las once de espléndida manera. Era el regalado tente en pié un rico pastel de la Oliva sin las florituras y artificios con que se presenta ahora el género y cuyos efectos pecaminosos se suelen experimentar en el esófago y demás dependencias de nuestro organismo, y un cuarteron de vino blanco de Rueda puro, cuyo aroma entonaba el decaído espíritu, vino que expendía Morini y nos traía el maragato Roldal enfundado éste en su típico traje de zaragüelles, vestido ya desechado por los que de la Tercia nos visitan á veces y á quienes se distingue empero por sus facciones más ó menos abultadas, amplias y frescas.

¡Qué cambio, el de la luz de sain de entonces y el foco eléctrico de ahora! Aquellas prensas que lanzaban 50 gemidos por hora y las rotativas que lanzan ahora 16.0000. .! ¡Esa telegrafía sin hilos...!

En lento dormir apenas turbado, se llegó al año 61 y éste nos trajo los primeros efluvios de la democracia franca, luchadora, con un plantel de jóvenes capitaneados por Pepito Alegre: Vázquez Prada, Corujedo, Montequin, Buylla, Argüelles, Fuertes, Labra, Alvarez, etc., enarbolando la bandera de *La Joven Asturias*, revista brillante flameada con aires de libertad y de república, mal contenidos por las circunstancias azarosas de entonces, y perseguida sañudamente por un gobernador asturiano de bien olvidado abolengo liberal y sus celosos y dignos esbirros.

Avanzamos al 66 para dar vida á *El Anunciador*, diario incoloro, en el que tomaban parte Faustino

discurría por calles y plazas silenciosas y solitarias el ganado moreno al cuidado del celoso *Talín*, en cambio ahora tenemos aquellas pavimentadas, concurridas y bulliciosas, alumbradas como en pocas poblaciones se ve, si bien correse el riesgo de ser uno magullado por los innúmeros autos, coches, carrillos, bicicletas y jumentos que se deslizan rápidos por el callado suelo y nos tienen con la vida en un hilo, ó «al hilo de la vida», como se dice con la discreción obligada.

Cómo había de portar ahora por esas calles, sin consiguientes peligros, bultos de 20 arrobas, *Sisabes*, el humilde criado de tendera de saín en la Puerta Nueva, tan forzado como cuidadoso de las burras á medio pienso que tenía de posada su buena ama, ganado del que á lo mejor recibía una caricia como la de que en tono quejumbroso dió cuenta: «Señá Teresa, la burra tiró un coz y no se si me dió á mi ó á la pared, y la pita parió diez pitos.

La señá Teresa, moza garbosa y con la sal tebergana cuando vinieron los franceses, vendía ya saín á las aldeanas que llegaban con su cesta en la cabeza conteniendo limpios pucheros de leche pura, tan limpios como su airoso y honesto dengue, su ceñido justillo, zapato redondo y media calada ó sin calar, que tanto atraían en la danza prima de la Plaza, á los mozos de montera y palo de acebo, arma que se esgrimia en las querellas, y no pantalón flamenco y ricito sobré la frente que gastan desde que, por desgracia, invadió la torería hasta la aldea remota.

Hoy ya no existe aquella danza y gastan las mozas faldas ceñidas y zapatos de charol con taconcito alto y delgado para trepar mejor por las callejas; ni vuelven del mercado con la jarra del saín sujeta en el asa de la cesta, pero se atusan el pelo con el peine y el escarpidor, y ellos lucen el sombrero semicordobés

en sustitución de la montera, lo cual ya es otro progreso, como lo fué también la sustitución de la alegre y honesta giraldilla con sus bellos y coreados cantares, por las parejas, íntima y estrechamente enlazadas en el vals, ó por las atrevidas *danza* argentina y *rumba* cubana.

La seña Teresa, decimos, ejercía el monopolio de aquel artículo y demás menesteres necesarios en el caserío de todo el barrio desde el suburbio de Marica Pacha,—donde las buenas comadres se enjuagaban la boca con caña para conservar la dentadura y hoy se la enjuagan con Borgoña y Champan y saborean bien aderazadas perdices como gente de rumbo y amoroso continente y contenido—hasta la venta del Gallo. La mayor parte de las transacciones eran de á ochavo, y arrebuja en dos mantas, para defenderse de la escarcha, siempre complaciente y hacendosa llevaba las cuentas por los dedos y casi todos le pagaban por semanas vencidas, y no pocos por semanas de tres jueves, sin que por ello se enojase la bondadosa señora. Cuando cobraba, obsequiaba á los niños con un par de higos pasos cosechados haría seis años, ó con los restos de un caramelo de tirabuzón, que dejaban sobrantes las moscas del verano.

Por aquellos años no había más lotería que la Primitiva, que se nos había importado hácia fines del siglo XVIII, compuesta de cinco números, premiándose los ambos y los ternos con escasas cantidades, como reducido también era el precio de los billetes. Así que las fiestas de Noche-Buena y los días pascuales se celebraban con todo el esplendor y alegría propios del caso y no como ahora, que por el saqueo general de los bolsillos y el desengaño que la gran timba nacional causa á los chasqueados jugadores, aumenta el frío de la estación y torna el buen humor en tedio y en amargo el gusto de las golosinas.

de quien tanto le quería en pagó á su lealtad. Y muerto el perro se acabó la rabia, de las vendedoras, recobrando el mercado la calma y el silencio profundo tan propio en lugares de concurrencia femenina.

En aquellas fechas, si no antes, se ataban con abrazadera de hierro las dos cañas del famoso negrillo del Campo, y florecía un sujeto de capacidad pasmosa, pero de suerte escasa, á pesar de sus poco comunes conocimientos rentísticos, merecedores de alto cargo en la Hacienda nacional. El hombre, contemplando su situación precaria, tomó el camino de Madrid y en menos de tres semanas llegó á la corte. Su objetivo era avistarse con el ministro Món, antiguo camarada suyo en los pleitos que se ventilaban en el Prao Picón, en otras andanzas y de cepa oventense. Dijole nuestro viajero que iba en busca de colocación, y el ministro le prometió complacerle, pero que volviera otro día. Desde entonces á todas horas le abordaba el buen pretendiente: en el ministerio, en el Congreso, al subir y bajar del coche, y hasta en la sopa se le presentaba con esta cantinela: «Excelentísimo señor, D. Juan Cadavieco». Al cabo el consejero de la corona sufrió un síncope, que le valió á nuestro D. Juan la deseada credencial y al ministro la tranquilidad tan perturbada y maltrecha.

Morro, el maestro de obra prima, que tenía su taller entre dos peñas *feroces*, que servían de cimientto á las casas del Postigo, peñas que la perezosa estética fué haciendo desaparecer, veíase obligado el buen hombre á cada momento, á suspender su labor para repeler las agresiones de palabra y obra de la jarka inconsiderada, que acabó por aburrirle y hacerle renunciar á su chirivivil.

Corriendo los años, surgió el dependiente de un gobernador, tan tenaz como el señor á quien ciega-

mente servía. Entre los hechos que retrataban su temple, registrábase este: Portero honrado del Hospicio, no lograba impedir que las monjas lavasen en el pilón del patio y fué á su amo con el cuento: el amo le contestó que si le desobedecían las metiese en el pilón. La primer monja que se presentó fué al agua de cabeza con hábitos y rosarios; prodújose la natural tremolina y el director se quejó al jefe y éste dijo á su dependiente que cómo había hecho tal barbaridad, y el leal servidor replicóle que había cumplido su orden, estando dispuesto á meter de cabeza en el pilón, si era necesario, al mismo director.

Escasa y negra suerte cupo, por imposibilidad física, al pobre Muñiz, escribiente con abono fijo al portal del caserón de San Vicente. donde por largos años se ganó la vida guiando á los aldeanos á las oficinas y trazando memoriales á cambio de unas miserables perras. Al modesto letrado le entró la manía de hacer versos, notables en su género, con los que obsequiaba á los íntimos, que quieras ó no, habían de leérselos y aplaudirselos. Nuestro poeta amigo murió ha tiempo, tras penoso vivir de muchos años, soñando con sus versos.

Juaco Bueno, tan bueno como su apellido y no como otros que se llaman Buenos y resultan medianos, que en una de sus frecuentes *indisposiciones* se quedó dormido entre las patas del caballo que cuidaba, sin que el noble bruto le causara la menor molestia, tomó el camino de Valladolid y se presentó sonriente como siempre lo estaba, al gobernador, distinguido paisano nuestro, gobernador que durante su mando resultó alcanzado en unos cuantos miles de pesetas porque así las gastaban los jefes de aquella época *omino-sa*,—al par que otros recibían del ministro Rivero consejos tales como el siguiente: «Cuando un gobernador observa señales en su distrito de la aparición

de una aurora boreal, presenta la dimisión de su cargo».

El gobernador vallisoletano se mostró agradablemente sorprendido ante la presencia del famoso espollista y le dió dinero para llegar á Madrid, pasar 15 días y volver á Oviedo si no se colocaba en la plaza que iba á pretender por oposición de mozo de cuadra de las caballerizas reales.

Juaco se encontró en Madrid con que el destino de mozo de cuadra se había dado por intriga á un gentil hombre de casa y boca y llave dorada jubilado, en premio de antiguos y misteriosos servicios palaciegos.

Fué á llorar Juaco su mala fortuna á una capilla de Baco y allí le dejaron sin blanca y dormido.

Risueño como si tal cosa, nuestro hombre despertó y tornó á Oviedo por el camino más corto, fiando, no en vano otra vez en el gobernador de Valladolid la manera de matar el hambre y sobre todo de apagar el *secañu*, como él decia, llegando á Oviedo con algunos cuartos, pero jurando no volver á la corte donde no había hallado ninguno de su apellido, porque todos eran malos.

El Tigre Juan, generoso y honrado depositario de libros de tantos estudiantes más afectos á las aulas de billar que á otras aulas, floreció en el Fontán.

La Pascua del Bollu se celebraba con todo el amor que gasta en sus fiestas la gente de tambor y gaita, al punto de que no consentía la intromisión de elementos desacordes que turbasen la alegría y fraternidad gozadas por todas las familias que iban á comer y á pasar el día en el Campo.

Por eso cuando se presentó allí por primera vez el excelente instituto creado *solo* para limpiar el país de la mala lepra de bandidos que le infestaba, fueron recibidos sus individuos en el Campo con visible des-

agrado, hasta el punto de llegar la gente moza á sostener con ellos reyerta lamentable, jugando el sable y la piedra como armas de combate y obligados los guardias á refugiarse en la carcel galera para evitar males mayores y curar los heridos. Es verdad que á esto contribuyó la presencia del bicornio, prenda usada por los franceses, á los que aún se miraba en todas partes con marcado desafecto.

Esta prevención fué desapareciendo, ocupando el lugar merecido el benemérito instituto, que llevó bien pronto la tranquilidad á los inseguros habitantes del campo, objeto hasta entonces de la ferocidad y codicia de los salteadores de caminos.

Algunos de los resueltos jóvenes que actuaron en los sucesos del Campo, según se decía, fueron librados de las garras del papel sellado por el inolvidable y distinguido abogado D. Pedro Valdés Chinamá.

La Balesquida tiene su capillita, pero tan mermada, que su escalera apenas permite subir á la tribuna, donde se celebran cabildos más ó menos ruidosos, á estilo consistorial, y se acomodan los coros y orquesta que asisten á las funciones religiosas. Y gracias que pudo librar la famosa Cofradia ese pequeño refugio, porque un importante vecino, piadoso y *justiciero*, intentó convertir el viejo edificio en casa de vecindad, para bien del ornato, por de contado, como lo logró con la parte que había sido asilo de ancianas, á cambio, según dicen, de algunas mejoras en la capilla. Antes traia un rentero dos grandes cañas de roble que colocaba á la puerta de la casa del mayordomo el día de la Pascua. Hoy ya no parece el rentero ni el tributo simbólico de roble: todo va desapareciendo.

Aseguran, sin embargo, los cofrades, que son casi todos los vecinos de Oviedo, que la fiesta si decadente del martes del Bollu, fiesta de primera magnitud en otros tiempos, no puede desaparecer.

Según la tradición, ya en tiempo de D.^a Balesquida Giraldez, sonaba, suena, y seguirá sonando el ruido de las madreñas, mientras no haya quien mejore la postura.

De distinto aspecto que aquella, la festividad de San Mateo fué y es la primera de la ciudad.

Se anunciaba desde los corredores de la alta y bella torre con un duo de chirimia y fagot ejecutado á la perfección por Barlete y Pevidal.

En días ya lejanos, llegaban la víspera á Oviedo y pasaban la noche en las cercanías del torno del Hospicio, mirado con singular curiosidad... miles de aldeanos y aldeanas en clase de mateinos, atraídos por su acendrada fé para ver el Sudario, en cuyo lienzo creían divisar clara la imágen del Salvador. Por entonces abundaban los hermosos robledales cercanos á la ciudad, que por desgracia fueron desapareciendo al golpe de suicida hacha.

La *golfemia* hacia en ellos acopio de bellotas, que caían cual nutrida granizada sobre las monteras de nuestros mateinos, á la par que las aldeanas dejaban descubierta su estoposa y enmarañada cabellera al tirarles los chicos del pañuelo blanco, regresando á sus casas con ánimo de no volver á contemplar el Sudario ni á introducir en la pila del agua bendita sus dedos más ó menos limpios, más bien menos que más, ni á beber varios tanques del agua contenida en la hidra—de origen hebreo, traída del Monsacro cuando las demás reliquias y según la tradición, una de las que en las bodas de Canaán sirvieron á Jesús para convertir el agua en vino;—las mozas para casarse, prefiriendo los hombres una puchera de sidra bebida por la zapica.

Aquí aparece Pocarropa, narrando jubiloso sus aventuras de soldado, cuando se le iba á formar consejo de guerra por pegar á un superior, siendo salva-

do por un bañista de las Caldas que le conoció de recadista y declaró que el delincuente tenía tal cual vacía la sesera como cualquier Antón...

De la madre no se supo más, sino que marchó en su busca para no volver la pobre.

Consagremos un recuerdo piadoso para tantos humildes personajes de relieve como Coniella, Rosendo, Chupín, Cacaseno y tantas otras celebridades que endulzaron las amarguras de la vida de aquellas lejanas generaciones.

Al correr de las películas, nos trae el cinematógrafo el Liceo establecido en la casa del duque del Parque, formado por un conjunto de aficionados á la buena música, dirigidos por el maestro y compositor de cuerpo entero Victor Sanz.

Tal auge llegó á alcanzar aquella sociedad con sus concurridísimas funciones, que los empresarios del teatro se pusieron en cuidado, y estimulados, trajeron notables compañías cual nunca se habían visto ni se verán en Oviedo, realizadas por nutrida orquesta de profesores auténticos, como el Tenderín, Claverol y otros, todos de Oviedo, entre los que descollaba Teodoro Cuesta, con sus brillantes solos de flauta, á la que se había aficionado desde niño, alentado por su pariente el inolvidable médico D. Federico, llegando á ser tan notable músico, como poeta bable y consumado actor en los cuentos de las esfozadas y en sus diálogos con Terrero, poseedor consumado del bable andaluz.

En la primera mitad del siglo alcanzaban éxito en los corrales las tonadillas y jácaras, llegando al «Don Simón» para ascender al género grande de la zarzuela sustituido por el género chico de estragado sabor flamenco. Hoy han venido á imponerse los couplés baratos, de gusto sevillano y torero á cargo de artistas con más ó menos guapeza y arte sugestiva de baile y

canto, propio para los tiempos belicosos del requeté y de imperialistas conquistadores con alma oscura y corazón de hielo.

A la vez que esto, parece que se quiere entronizar y dar carta de naturaleza á unos cuantos boxeadores que en sus luchas entusiasman á los hombres, y á las damas que van á las piadosas conferencias de la vela nocturna, las recrea y sensaciona el espléndido desarrollo muscular de aquéllos. Y á la vez que nos complace tanto barbarismo, no nos acordamos de llevar algo de lo que se derrocha en Marruecos, á las Jurdes que están cerca de la meseta castellana, para cuyos habitantes no hay caminos, escuelas ni agricultura, sino pobres aduares y miseros vecinos amparados hasta poco ha por el obispo Jarrín.

El Ayuntamiento del 73, ya inició mejoras importantes que sucesivamente se fueron realizando, como la apertura de la calle de Uria, principal arteria de Oviedo, detenida durante algunos años por la lucha sostenida entre propietarios de las calles de Campomanes y Covadonga interesados en llevar el servicio á la Estación por donde les convenía para dar más valor á sus casas.

La apertura de la calle de Uria se acordó con el mayor ancho del proyecto, 16 metros, sujetándose al plano de arcada trazado por el maestro Esbrit, concejal de aquel Ayuntamiento, plano anulado después por influencia del edil Méndez, propietario del que fué Cuartel de Milicias.

Esta mejora fué seguida sucesivamente por las de la actual necrópolis, mercados, hospital-manicomio, teatro, carretera de la Estación á la Vega, seminario debido entre otras muchas obras al inolvidable obispo Martínez Vigil, varias lujosas iglesias, escuela normal, cárcel modelo, palacio de la Diputación y últimamen-

te por el conveniente alcantarillado en parte y pavimentación de algunas calles, aunque con excesivo sacrificio del vecindario y deplorable resultado.

Antaño la miseria, en ciertos periodos, era pavorosa, pero hogaño la pobreza existe lo mismo, aunque ahora aparezca disfrazada con el lujo, el fausto y el ropaje de relumbrón.

Murió á destiempo el inolvidable Alvera; de seguir viviendo quizá á estas horas nada tendríamos que envidiar á los pueblos de la costa.

Y andando los años y al paso rápido y de rapiña que vamos corriendo con tantos modernos doctores Garridos curanderos de la miseria nacional, pronto se repetirá el pavor de aquellos luctuosos periodos de hambre, sin que el oropel sirva de tapadera, al grito de «sálvese el que pueda».

Así fué y así va ello, porque mandó y manda Tello desde hace muchos lustros.

Que las cosas y casos, que no podrán faltar en las actuales generaciones, otros vendrán á contarlas y á ponerlas en solfa.

¡Cómo se reirán de nosotros los venideros cuando viajen por los aires, si disponen de camisa que les torne el frío!

Pero nosotros podremos decir desde el Valle de Josafat: «Ahí me las den todas».



LA BALESQUIDA

No podemos remediarlo. Evocamos ese nombre con cariñosa veneración, cual se merece una existencia de varios siglos.

Es para nosotros, los viejos, así como el recuerdo de lejanos días; de los días de la juventud, siempre felices y bellos, porque la edad primaveral va unida á la dicha, y ésta es toda de color de las rosas que esmaltan la vida en las horas risueñas de la Pascua.

No queremos creer que hemos llegado á la más lamentable é irremediable decrepitud. Se nos olvida la edad al llegar este tiempo, para volver sobre nuestros pasos, por un efecto de espejismo, y retroceder á los en que los verdaderos, los auténticos alfayates, iban guiados por los maestros de su oficio y acreditada tijera, remunerada hace un siglo con menos de mil pesetas anuales, pero de entusiasta tesón para defender los fueros, títulos y galardones de que era dueña y hacia alarde la Cofradía más original, popular y generosa que existía ya antes de la venida al mundo, si mal no recuerdo, de un tal D. Quijote, que testó en pro de los españoles lo que no podrán perder ni en los siglos venideros.

Tampoco podrá desprenderse de nosotros, no la afición á las miserias políticas, que esas al fin son perecederas y tal cual despreciables, sino el amor á

nuestra Balesquida y al Campo de San Francisco, hermanos ambos inseparables de los gatos del horno.

Hay que reirse de la famosa romería de S. Isidro en Madrid con su abigarrada muchedumbre moviéndose en un erial y con sus celebradas rosquillas de la Tía Javiera, al lado de la romería del espléndido Campo de San Francisco en tarde de buen tiempo; canela pura.

Hoy ya no son los sastres, cuyos aristocráticos cortadores cobran por sus relucientes tijeras, no mil, sino 10.000 pesetas, emblema (las tijeras) algo caro para que sirva de blasón á la modesta Balesquida, quienes monopolizan la fiesta simpár: somos todos los ovetenses hechos de la misma madera que aquellos buenos alfayates, aunque algo más garlopada.

Por eso seguimos y seguirán nuestros venideros manteniendo la honra y fama de la querida Cofradía, en memoria de la muy respetable, democrática y campechana señorita D.^a Balesquida Giraldez, que nos legó una fiesta de tanta ó más resonancia que la de que pueden gozar Pamplona, con su San Fermín, Zaragoza con su Pilarica y tantas otras como sacan de quicio á los habitantes de pueblos que no se preocupan de si la nave del Estado zozobra ó puede no zozobrar ó si el perro está rabiado ó puede no lo estar.

Animo y arrimar el hombro á nuestra Balesquida, que como el parque, es de todos, para que viva próspera y boyante por siempre jamás

Amén.





DIVAGANDO



Supongo, y no creo equivocarme, que ustedes no habrán conocido, ¡oh intelectuales! aunque si tendrán alguna noticia, más ó menos borrosa y vaga, de que hubo un diluvio universal que inundó la tierra.

Por entonces, algo después, un poco más tarde, ocurrió nuestro florecimiento.

Así que bien podemos citar aquellas épocas en que había montes poblados con árboles cuya cúspide rebasaba lo que la más lince vista pudiera alcanzar; tanto que Dios se asomaba á veces en las alturas para acariciar las floridas copas de los verdes gigantes que eran obra suya.

Hoy ya son páramos, lo que eran espesos bosques en cuyas florestas buscaba Lindango las yerbas medicinales que surtian nuestras farmacias y cuyos jugos se trocaban en puro oro de ley, hoy utilizados para específicos milagrosos con marchamo extranjero.

Allí se criaban los ricos maderables, materia prima para gloriosas gaitas como la de Borreguera, que solo á la índole de la madera, humedecida con el zumo de manzana, eran debidos los dulces y armoniosos acentos del pastoril instrumento.

Aquellas preciadas maderas nos son hoy importadas de la Australia; por eso la voz del instrumento

resulta más ágría y estridente, como es la voz de aquellos honrados habitantes salvajes, tan ajenos de nuestra asombrosamente adelantada cultura.

Podrá alguno de ustedes alardear de que ahora haya gentes que cultiven y dominen á la vez tres artes: la música, la pintura y la guerra; pero no podrán nunca narrar con entera verdad episodios como el siguiente:

Erase la vispera de S. Juan del año 44 de la pasada centuria. Salimos de Oviedo para un caserío de las Caldas dos pipiols montados en alquilada pollina, de indole aguda y entrada en años, tres quinquenios. Llegó la noche y el animal, seguro de que aquella era la hora que convidaba al descanso, nos desmontó suavemente por las orejas, en una ancha, seca y mu-llida cuneta de la carretera.

La pollina, avezada á estas andanzas, buscó su acomodo y nosotros bien hallados en la imprevista y barata posada, optamos por pasar allí la noche durmiendo á pierna suelta, sin que alterase el bello gesto del sueño sobre las rojas cerezas, que nos esperaban francas en el caserío de las Caldas, ni el *cro cro* que cantaba *O sapo* del ilustre poeta galaico Curros En-riquez, ni el canto lejano de la zagala que en el valle decia con voz clara:

Santa María;
po la noche á la foguera
mañana á la romería.

Al acariciarnos el alba, tenue capa de rocío cubría nuestras frentes y la burra hallaba á sus anchas el desayuno fresco y sustancioso en los zarzales del camino.

Unas cuantas horas más de viaje y nos encontramos á la vera del codiciado árbol de las cerezas coloradas, que se yergue al lado de la casita blanca, mo-

tivo del dorado sueño y fin primordial que nos llevaba á la famosa romería de S. Juan de Priorio, regresando á Oviedo con las gorras llenas de fruta.

Hoy hacemos la travesía al territorio de las aguas calientes, en lo que dura un suspiro algo largo.

¿Y qué? En cambio no se topaba entonces con esas coupletistas y cantaoras flamencas, con vistas al mundo galante, de rostro artificialmente nacarado y andares gitanos, aunque si á Lindango haciendo el artículo á los farmacéuticos y drogueros, y á Borreguera luciendo la montera picona de la Fuente de la Plata y mostrando la inspiración que Dios le dió, jamás igualada, ni aún por los auténticos wagnerianos.

Antes se soñaba con ir á cojer la verbena la noche de S. Juan y con las cerezas codiciadas hasta por las aves parleras; ahora admiramos las albas camelias, las elegantes orquidias y otras bellas, pero inodoras flores, y nos atenazan las pesadillas asaz molestas: se obsequiaba á los íntimos en las fiestas onomásticas con castañas, sidra y algún torrezno que otro. Hoy los homenajeados de cierto fuste, no gustan de que los obsequien, pero gozan con invitar generosamente en su confortable mesa á los amigos.



Sociedad Económica Asturiana de Amigos del País



La benemérita Sociedad Económica de Amigos del País, fundada en 18 de Abril de 1780, en tiempos y por iniciativa de Carlos III, llegó á su mayor auge en la primera mitad del pasado siglo instalándose después en local propio.

Los primeros socios de número que asistieron á la sesión inaugural celebrada en la Casa de la ciudad donde siguió hasta ocupar la casa que hoy posee, lo fueron: D. Juan Matías Azcárate, regente-presidente, conde de Toreno, alférez mayor; D. Joaquín de Velarde, diputado por Avilés; D. Juan de Pontigo, por las obispalías; y por Oviedo, D. Nicolás de Rivera Argüelles, procurador general. A estos socios de número fueron agregándose sucesivamente, D. Eugenio Manuel Caballero, D. Gaspar Melchor de Jovellanos, marqués de Casa-Tremañes, duque de Losada, D. Felipe Canga-Argüelles, general Acebedo y otros.

Los servicios que la Sociedad Económica prestó al país así en la agricultura, la industria y el comercio, como en la beneficencia y la enseñanza, fueron importantísimos. A ella fueron debidas por entonces casi todas las iniciativas fecundas en pro de dichos ramos.

La honrosa historia de esta institución fué avalorada por el consejo demandado de la misma en los

casos más árdulos para la nación, por los gobiernos que regían los destinos del país.

Hoy la preside el Sr. D. José G. Alegre y Alvarez, sostenedor celoso de la Escuela de Artes y Oficios, aneja á aquella y que tan ópimos frutos produce, especialmente á la clase obrera. Las clases corren á cargo de un plantel de abnegados profesores.

La Económica, está, como otras muchas, en relativa y lamentable decadencia por causas varias y porque en el mundo todo se renueva y empeora á veces.

Se halla representada la nobilísima institución en la Alta Cámara, como todas las de la región, por don Rafael M. de Labra y se compone de 212 socios.

El primer director de la Sociedad Económica Asturiana de Amigos del País, lo fué, el año de 1780, D. Andrés Carlos de Prada y Cienfuegos, canónigo.



LOS AMERICANOS



En los albores de la juventud, con el «audaces fortuna juvat» por divisa, parten de su aldea, frontera al mar y sahumada en el verano por el aroma de pinos ó eucaliptos; ó tendida, como sesteando, en la falda de una montaña, sombreada por castaños seculares y bañando los pies en el regato que culebrea por lo más hondo del valle, con un traje nuevo, una maleta claveteada, el primer sombrero propio y un decidido deseo de hacerse ricos; embarcan en un trasatlántico (en tercera) robustos como robles, con un mísero cigarrillo ó un morboso «puro perrero» en la boca... y al cabo de muchos años vuelven en primera de primera, con gran cadena y reloj de oro, fumándose un escogido veguero, con el bolsillo repleto de «centenes» y con una enfermedad en el corazón, en el hígado ó en los riñones por el exceso de trabajo, por la fatiga del esfuerzo y, sobre todo, por la perenne nostalgia de la «tierrina».

Todo el largo tiempo de su estancia en las tierras americanas, todas las interminables horas del fatigoso trabajo, sedante, destructor de los nervios, detrás del mostrador, siempre en pié, cargando fardos inmensos, con fugaces diversiones cada quince días, comiendo apresuradamente, sufriendo el calor bochornoso, todo es una continua evocación á la «tierri-

na» lejana, todos sus pensamientos encauzados al mejoramiento de su pueblo, todo aureolando el amor de sus amores.

Pero no se detienen aquí; el individualismo feroz de las razas primitivas prendió sus garras en estos grandes corazones; y si en Cuba adoraban á su Asturias y creaban instituciones que la recordasen, en Asturias hablan de su Concejo y en su Concejo suspiran por su pueblo, por su aldea, por sus tierras, por su «casina» blanca como un nido de palomas y aún en ella, por su cuarto dorado por el sol, el mejor cuarto de la casa, por su caballo trotador y aún por las flores que en las rejas de su balcón se enredan.

En ocasiones truncan su vivir trabajoso, con la expansión de un viaje á Asturias. En los primeros años (al cuarto ó quinto), después de haber ahorrado unos mil pesos y haber entrado francamente en la juventud - 22 á 26 años - les dan ganas de ver á la familia, de divertirse en el verano en Gijón, en las fiestas de Avilés á fines de Agosto, de no perder las de San Mateo en Oviedo y de efectuar una gozosa peregrinación por todas las romerías; de contonear el cuerpo, vestido con el traje de corte exótico y el sombrero de jipijapa, de lucir su tipo inconfundible por esas calles de Dios; y de provocar entre la pléyade de jamonas sentimentales, que agotan sus artes de conquista en el largo invierno, un vigoroso renacimiento de sus ansias que ya no detiene, como antes, el temor de «pasar el charco».

Llega Octubre, fenecen los mil pesos, queda en su casa de la aldea alguna vaca nueva ó un cuarto pulido y coquetón, y con el agrídulce sabor del verano asturiano, vuelven á su trabajo, á sus preocupaciones, á recorrer, con el dolor de un calvario, el camino que hay entre el «señorito» y el «hortera».

Pero llega el momento en que hay para vivir hol-

gadamente «y algo más». Se impone el retorno definitivo á la patria, con el pelo más blanco que negro, pero siempre con juventud por dentro.

Y cuando el «americano» toma posesión de su tierra siente, como primer anhelo, la necesidad de tener casa propia y en ella una compañera que le endulce la vida, siguiendo la máxima india que dice: «la casa sin esposa parece un desierto, la casa con esposa es casa completa, la esposa es la casa y sin ella no merece tal nombre»; y así estos pueblecitos de Asturias crecen constantemente en nuevas y coquetonas construcciones y vense muy á menudo matrimonios, un poco despolarizados por la diferencia de edad pero, en apariencia, muy felices.

Prepárase después á endulzar su descanso, que no es tal, empleando el tiempo en hacer obras útiles á su pueblo, sin olvidarse de crear diversiones que maten el tedio de las horas de asueto. Por esto, lo más característico y digno de estudio en las villas de «americanos» son esas instituciones, si no fundadas por ellos mismos, al menos mantenidas con su bolsillo y con su apoyo personal para justificar su carácter siempre activo y emprendedor: los Hospitales de Caridad, las Asociaciones de Caridad, las Escuelas de Artes y Oficios y, como complemento, los Casinos.

Estos son los hombres fuertes á quienes Asturias debe su bienestar y su progreso.

Benito A. Buyla.



PRAVIA

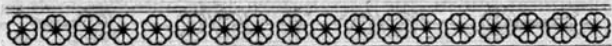
La risueña villa de D. Silo, del salmón cercano (en otros tiempos), de los nardos y las rosas y de las *pravianas*, cuyo melancólico canto se hizo mundial; con vistas ó vecindad de Muros, S. Esteban, Cudillero, El Pito, concha de Artedo, Soto, Riveras, El Castillo, la Arena, el mar azul... una tontería; con los hermosos puentes sobre el Nalón y otras importantes obras debidas principalmente á la férrea voluntad del marqués de Muros.

La maravilla del Pito, modelo de parques y emporio de arte y de riqueza, creada con suma esplendidez por el cultísimo D. Fortunato Selgas.

Conjunto todo que justamente se admira por su grandeza panorámica.

Pravia se distingue por su animación inusitada, en sus fiestas y romerías, como la del Valle y del Cristo en el mes de Septiembre, en las que á veces encuentran los *americanos* su codiciada media naranja, aspiración de su vida de penoso trabajo, y donde brillan por su belleza y son espejo de la villa, las hijas de la antigua corte de D. Silo, y donde se rinde culto como en parte alguna al baile acompañado de la indispensable gaita y á la tradicional danza prima de pura cepa asturiana.

Los naturales son afables, comunicativos y obsequiosos y la vegetación de toda la comarca es exuberante, pudiendo las legumbres y frutas competir con las que se crían en los cuidados jardines de la Granja.



CANGAS DE ONÍS

La moderna ciudad y antigua residencia de los monarcas astures, está asentada en una zona feraz y de espléndida vegetación bañada por dos rios, el Sella y el Güeña, que tanto la fertilizan.

Cangas es de tradición asturiana y se vanagloria con los encantos prodigados por la naturaleza y la mano del hombre en su suelo.

A la vera de la población se admira el románico y hermoso puente, que contempla impávido y silencioso el paso de cientos de generaciones sin conmoverse ni alterarse al correr de las aguas, impetuosas á veces, por su cauce.

Los habitantes de Cangas muéstranse orgullosos de poseer tal joya admirada por cuantos la contemplan á su paso para el histórico santuario de Covadonga, este menos apreciado de lo que debiera por los fieles que tan acendrado amor consagran á la virgen de los milagros y de las batallas. Las corrientes peregrinatorias las empujamos á otros lugares del extranjero, dando al olvido y á escasa estima lo grande y de glorioso origen que tenemos en el propio solar.

Los naturales de la montaña, que se distinguen por su fina agudeza, hablan un bable dulce y cadencioso y visten el primitivo traje del país, sin mezcla ni señales de admitir nada que trascienda á la falda-


pantalón, de la que ni siquiera han oído, importada de los países que ostentan la primacía de las modas, más ó menos ridículas y exageradas.

Este es el pueblo feraz y laborioso en la patria del desgraciado Fabila; con sus deliciosos contornos, como lo son los de Arriondas, Nava, Infiesto y Riva-desella, todos en la carretera que va á Santander y á orillas del Cantábrico.

¿Y qué diremos de Colunga y Villaviciosa, verdaderos jardines llenos de encantos?

Pachín.





PASATIEMPOS

Escúchame reitanina,
te lo ruego, hermosa páxara,
avisame con tu canto
la presentación del alba,
porque pasé con la neña
hasta poco ha na esfoyaza
y si el amor puede mucho
más puede el sueño, reitana.

Maruxina, si anda el trasgu
per la noche ena quintana,
va á topar con la cibiella
si vien por la mió rapaza,
porque si sabe de letres
aprendides en Vizcaya,
yo sé que los estudiantes
anden siempre á la que salta.

Canta el xilguerín querellas
á so xilguerina amada;
da con la civiella el mozu
á quien tose á so rapaza.

Aquel tarucu que Rosa
ena esfoyaza tiró,

derechin vino á caeme
en mitá del corazón.

Cuando tu sales del baño
el cielo sale del mar,
y con el cielo los astros
y la corte celestial.

Entre la niebla del mar
se ve la cara de Dios,
que mira dulce á las niñas
hermosas de corazón.

Un punto negro en el mar
se vé fijo allá á lo lejos,
ese punto es de tu olvido
el negro remordimiento.

Las penas que me vas dando
las voy echando á la mar,
y la mar con tanta pena
gimiendo y llorando está.

El mar cuando está más bello
muestra sus rizos de plata,
rizos que en el ser humano
son una señal amarga.

Entre brumas espesas
en lontananza
divisanse las velas
de la *Esperanza*;
vela latina
que trae lo que en sueños
quieren las niñas.

Como la espuma blanca
son las gaviotas,
que á la bella *Esperanza*
le dan escolta.

Y es que las aves
sospechan que Cupido
viene en la nave.

Deja la barca rápida
fugaz estela,
cuando despliega al viento
su blanca vela;
solo en la vida
causa imborrable estela
la fe perdida.

La espuma de las olas
se desvanece,
como las ilusiones
nacen y mueren;
así en la tierra
triste la flor perece
que nace bella.

¿Ves cómo se defiende
esa barquilla
de las olas inmensas
embravecidas?
También los seres
en el mar de la vida
luchan y vencen.

Parte tu pan con los pobres
que hijos son también de Dios
y recibirás por premio
de tus culpas el perdón.

En la enramada frondosa
del Campo de San Francisco,
cantos entonan de amor
los jilgueros y los mirlos.

No te enojés, no te enojés
que tu enojo me entristece,
y siguiendo á la tristeza
viene callando la muerte.

Entre un *polo* y otro *polo*
paso jugando la vida,
y en tanto el pueblo parece
mantenido con pamplina.

Persiguese al criminal,
sea cobarde ó sea valiente;
pero es más acosado
el pobre contribuyente.

Al hombre caritativo
da ciento por uno el cielo;
en cambio la... *oligarquia*
da uno y se come ciento.

Políticos sin vergüenza
saquean la patria mía;
¿no se abrirá algún presidio
para esos pillos un día?

Canta el pajarillo canta
sus amores en las ramas
y lloran al despedirse
los que abandonan la patria.

Millones y más millones

saca del poder la gente;
 todos son hombres de bien
 y mi capa no parece.

Ñeña de la saya pinta
 y de les roxes guedeyes;
 ¿por qué quies á esi mozucu
 y á mi tantu me desprecies?

Ya no hay subsistencias
 en los mercados,
 de ellos vuelven las gentes
 dadas al diablo;
 lo dijo Costa:
 los riñones y huevos
 aquí se agotan.

Vienen las golondrinas,
 vienen las flores,
 viene á mi aquel recuerdo
 de los amores;
 también las penas
 traen á la memoria
 su amarga huella.

Si las manchas de la conciencia salieran al rostro,
 en el mundo habría más caretas que caras.

Esto presumo que ya lo dijo Gedeón, que era muy
 dado á las verdades como puños.

Non toques al ñeriquin
 donde tan los paxarinos;
 mira que sos padres viven
 tan solo de so cariñu.

En tus redes prisionero
caí desde que te ví;
¿debo en la prisión llorar
ó debo preso reír?

A la fuente risueña
por agua iba,
y triste de la fuente
volvió la niña.
¿Por qué tal cambio?
porque vió que un mancebo
iba cazando.

¡Cómo se alejan las dichas,
cómo se acercan las penas!
antaño todo eran rosas,
hogaño son rosas negras.

Hiel destila el corazón
el corazón hiel destila;
por eso se han vuelto amargas
las dulzuras de la vida.

Me decias, cariñosa,
que el tiempo borra las penas;
¡qué más pena que ese tiempo
acorte nuestra existencia!

Siempre tuve por eternos
el placer y la ventura,
y en el ocaso veo sólo
que las virtudes perduran.

Vana es la esperanza mía
de hallar consuelo en la tierra:

el tiempo que va pasando
sólos y tristes nos deja.

Recuerdos de mis placeres
recuerdos que lleva el viento,
y el viento devuelve amargos
los que eran dulces recuerdos.

Pedirme á mi que esté grave,
pretender que yo esté serio;
eso será si la llave
me entregan del cementerio.

Tu catarrillo, Pepe, aunque tenaz,
con viento fresco se marchó, y en paz;
¡pero este mío!...
preciso dejarle cuando pase mayo
del lado acá del río.

Catarro indino
que me tuvo de octubre á miel y vino.

En tanto vestiré los cuatro trajes,
botas y chanclos, la bufanda rusa,
dos capas y el gabán para los viajes,
aunque la gente cuando mire muja:
ese que pasa es, quién lo diría,
un completo bazar de sastrería.

Si la lisonja que tanto se prodiga al hombre, fuera
fundada, habria en la tierra más santos que en el
cielo.



UN TIPO POPULAR

Según nos dicen, María la arenera quiere que no se cierre esta edición sin hacer constar su fé de existencia y á la verdad no podemos sustraernos al deseo de la popular ciudadana.

Pertenece á una generación de la que existen pocos ejemplares y María promete alcanzar algunos lustros más.

Era muy joven y ya se ganaba el pan con el sudor de su frente. Lo más saliente en ella, era la voluntad con que acudía á todos los incendios, de día ó de noche, con su *ferrada* de agua, no retirándose en tanto durase el siniestro.

Un día de mala suerte, fué alcanzada con su cesta de arena por un coche en la calle del Rosal, quedando maltrecha en el arroyo. Recogida de allí, fué sometida al tratamiento de un hábil Galeno, y aquí te coso y allí te zurzo, su cuerpo dolorido quedó al poco tiempo restaurado.

De entonces la pobre María sigue vendiendo arena, pero triste y resignada, sin aquella sonrisa *loca* que le retozaba en los labios.

Así y todo, que viva muchos años la que un día dió un ósculo á las instituciones y hoy sigue vistiendo la numerosa colección de sayas que algo la amparó en los golpes recibidos.



EL BROCHE

BRISAS DE CUDILLERO

En los últimos treinta años la villa del Sain se ha transformado completamente.

Si no fuera por los corrales ó cucheros, que le han dado fama poco envidiable, nadie la conocería.

Edificios, calles, usos, costumbres, aficiones se han renovado por completo.

Lo que era un villorio mal oliente es hoy una villa, mal oliente también, pero culta y progresiva.

De lo viejo sólo queda un gabán mío, que no pude renovar, y el muelle viejo, que sigue cayéndose; pero no importa, porque la Jefatura provincial de O. P. sigue haciendo proyectos para hacer otro. Va en el xvi.

En gustos nos hemos europeizado por completo.

Hoy en las cuarenta y ocho tabernás de la villa se sirven bebidas y alimentos como en el más aristocrático restaurant parisién, y se obsequia á los parroquianos con palillos para los dientes.

En todos estos tabernáculos se guisan callos, que siempre encuentran entusiastas consumidores.

Hará unos veinticinco años nadie los comía.

Un industrial prematuro que se estableció en una

casa de la entrada de la villa para explotar el negocio, dió quiebra al mes y medio de abrir el comedor; y eso que lo anunció con un letrero muy llamativo (digno de esculpirse en bronce), que fielmente transcribo:

«Comi dascon heqidaz
Ay kallos conpata los Guebes»

Indudablemente no había sonado todavía la hora de los callos para la clásica villa.

También es muy reciente la introducción del melón en la mesa cudilleresne.

Esta gloria se atribuye por los eruditos á Rafael Méndez, un carabinero muy simpático, que también implantó con éxito las industrias de la cría del canario y la de la explotación de la leche de cabra.

José Ferrándiz, un hojalatero andaluz, introdujo el pepino y dió á conocer el gazpacho.

Rafael Odiaño nos enseñó el empleo de la parafusa y fué el primer constructor de jaulas para grillos.

No tengo datos ciertos acerca de la introducción de la lechuga y del queso de Cabrales. Yo me inclino á creer que fué Capilla, un guardia civil muy célebre que tenía una receta muy segura, según él, para que los burros engendrasen macho ó hembra, á voluntad del ganadero.

Los servicios públicos eran embrionarios allá por el año ochenta del último siglo.

No había telégrafo, ni guardia civil, ni aduana. (Hoy tampoco la hay).

Los cochés no podían bajar á la Plaza.

En la calle principal se podían cosechar patatas y perejil.

El alumbrado era mixto de petróleo y Luna.

En los días de Luna no se encendían las once lamparillas de petróleo, que constituían el servicio municipal.

La combinación resultaba muy económica.

El Contratista se chupaba trescientas pesetas anuales para él solo.

Sus obligaciones eran encender, apagar, pintar los faroles y reponer los cristales.

Si se apagaba alguna lamparilla, el Ayuntamiento le imponía una multa y los vecinos le llamaban ladrón...

El cargo era muy solicitado...

El servicio de viajeros malo, caro y por entregas.

El coche más gastado y más viejo de la famosa y antigua empresa *La Ferrocarrilana*, salía tres veces á la semana para Pravia.

En casos de apuros, raros en aquel tiempo en que nadie viajaba, podía utilizarse el carri-coche de Pachin el Correo, encargado de traer la correspondencia desde Grado.

En todo el trayecto y durante más de cuarenta años fué muy popular y muy querido Pachin de Anina.

Se puede afirmar que nunca nació hombre mejor que él, ni rodó por las carreteras carro más destartado que el suyo.

Era un cajón, sobre dos ruedas desiguales, conducido por dos pollinos, más desiguales todavía.

Dentro de la caja cabían dos hombres flacos ó uno grueso, pero sin sombrero.

Por moralidad y por higiene el carruaje solamente servía para hombres solos.

Con tal aparato no se recuerda que Pacho haya llegado nunca tarde á Grado para el enlace con el coche de Oviedo.

En cambio, á Cudillero regresaba cuando Dios y los pollinos querían.

El regreso era de noche y casi siempre el buen Pacho rendido por el cansancio y por el sueño se me-

tía en la caja. Los burros (que eran muy sabios) sabían que Pacho se dormía y se largaban al trote cochineró á los prados de Los Cabos, donde amanecían satisfaciendo sus necesidades.

Yo viajé una vez en el cajón. Nunca lo olvidaré.

Llegué á Grado sin novedad.

La mala suerte me deparó á la vuelta por compañero de viaje á un sastre de Oviedo.

El sastre y yo no podíamos mirarnos bien.

El á mí, porque era tuerto del derecho.

Yo á él, porque me había hecho unos pantalones, media vara más cortos de lo reglamentario.

Al salir de Grado cerré los ojos, por no ver á mi enemigo, y me dormí profundamente.

Más allá de Pravia me despertó un golpe tremendo en las narices...

El sastre maldito (que también daba voces) se aprovechó de mi sueño para pegarme, pensé yo; y sin más averiguaciones le asesté un puñetazo de amigo en el ojo útil.

Se entabló la batalla pero duró muy poco, porque el cajón se deshizo y el sastre cayó á la carretera.

El desequilibrio que ocasionó la caída del sastre originó el vuelco del cajón conmigo dentro.

Al volcar el cajón se desmangó una rueda y los burros cayeron á unos alcantarillones.

El sastre, rebozado de barro, gritaba y pateaba; y las voces de Pachín se oían desde Oviedo.

Por fin éste lo aclaró todo diciendo:

—No señor. Ni V. le pegó á él; ni él le pegó á usted. Fui yo. Estaba muy cansado y casi dormido y para caminar mejor me quité las madreñas y las tiré dentro del carro, sin acordarme de que iban ustedes dentro...

Al oír esto, el sastre, hecho una fiera se lanzó sobre Pachín; y yo, desencajonándome con mil trabajos

me interpuse entre los combatientes y conseguí aplacar su furia.

En la taberna de Santianes se firmó el tratado de paz y alianza; y, mutuamente, nos cúramos las abolladuras con papel de goma y caña por dentro y por fuera...

Fui siempre fiel al pacto, pero ni encargué más pantalones al sastre, ni viajé más en el cajón del inolvidable *Pachin de Anina*...

Yo también aporté mi grano de arena a la obra del progreso cudillerense.

Yo lucí el primer hongo que se vió en la villa.

Aquel sombrero (que conservo) me conquistó la admiración pública.

Después me hizo la competencia el Secretario del Ayuntamiento con otro monumental.

Los vecinos solicitaron crias de este sombrero y los hongos se multiplicaron extraordinariamente.

En la actualidad el hongo está en decadencia.

La juventud masculina prefiere la paja, y con ella se embellece.

La femenina ha evolucionado también mucho.

El *aparejo redondo* pasó a la historia.

Todas las mujeres, que tienen algo que lucir, han adoptado la blusa indiscreta y la falda apretadita.

Todas se visten del mismo modo.

Son iguales ante la libertad de enseñanza.

Los hombres debemos alentar estas tendencias progresivas de las bellas.

Debemos pedir á éstas, que rasguen un poquito más las blusas.

Sería un acto encantador, que, seguramente, no nos negarian.

Roque.